

estaban a su bordo. El bote salvavidas, aunque reducido a un estado de ruina, llevó a las diez y siete personas sobre una roca firme; y de ésta fueron puestos en salvo todos los tripulantes.

Otro caso más de sacrificio conmovedor. Al anochecer de un tempestuoso domingo de marzo, cuando la gente salía de la iglesia en Great Yarmouth, se oyó un cañonazo de aviso disparado por un buque que estaba en el Groby Sand. Había encallado en el Sand, y las olas pasaban sobre él con violencia. Inmediatamente estuvieron los marinos en la ribera y prontos a botar el agua un serení. Mientras esperaban un momento de calma para atravesar la marejada, llegó corriendo un joven costero y sacó de su puesto a uno de los tripulantes del serení. «No, no, Juan, esta vez no—le dijo—, ya has salido tres veces porque yo no había casado. Lo justo es razonable: por lo tanto, voy a tomar mi turno otra vez.» El bote fué botado al agua, e iba ya a pasar la marea, cuando una terrible ola lo levantó, volcándolo por completo. Tres de los tripulantes se ahogaron, y uno de ellos era un hombre recién casado y que se había opuesto a que su hermano ocupase su lugar. Sin pérdida de un instante se alistó otro serení para ser botado al agua; salió al mar, pero era demasiado tarde. El buque que estaba sobre el Sand se había hecho pedazos y habían perecido todos los que estaban en él.

CAPITULO VIII

EL SOLDADO

I am a man under authority, having soldiers under me: and I say unto this man: Go, and he goeth; and to another: Come, he cometh; and to my servant: Do this, and he doeth it.

The Centurion, in St. MATTHEW (1)

It is my destiny, rather it is my Duty. The highest of us is but a sentry at his post.—WHITE-MELVILLE (2).

The blood of man is well shed for our family, for our friends, for our God, for our country, for our Kind; the rest is vanity, the rest is crime.—BURKE (3).

I came here to perform my Duty, and I neither do nor can enjoy satisfaction in anything excepting the performance of my duty to my own country.

WELLINGTON, in Portugal (4).

La vida del soldado está consagrada al deber. Debe ser obediente, disciplinado y estar siempre dispuesto. Cuando es llamado por el clarín tiene que ir. Cuando se le ordena que marche a una empresa peligrosa, tiene que ir. No puede discutir; tiene que obedecer las órdenes, aunque éstas sean mandándole marchar a la boca de los cañones.

La obediencia, la sumisión, la disciplina, el valor, son rasgos que, entre otros, forman al hombre; existen asimismo aquellos que constituyen al verdadero soldado. Debe existir mutua confianza y estricta obediencia a todos los que están más arriba que él. «De este material fogoso e inculto—dice Ruskin—, la disciplina militar es la única que puede engendrar toda la fuerza o el poder. Algunos hombres que en otras circunstancias habrían caído en el letargo o en la disipación, son redimidos y llevados

(1) Soy hombre de autoridad, tengo soldados a mis órdenes; y a este hombre le digo: Ven, y viene; y a mi sirviente: Haz esto, y lo hace.—*El Centurión, en SAN MATEO.*

(2) Es mi destino, mejor dicho, es mi deber. Al fin y al cabo, el más elevado de nosotros no es otra cosa que un centinela en su puesto.—*WHITE-MELVILLE.*

(3) Bien derramada está la sangre del hombre por su familia, por sus amigos, por su Dios, por su patria, por sus semejantes: lo demás es solamente vanidad y crimen.—*BURKE.*

(4) He venido aquí para cumplir con mi deber, y no experimento satisfacción alguna, ni tampoco puedo gozarla, excepto en el cumplimiento de mi deber para con mi patria.—*WELLINGTON, en Portugal.*

a una noble vida por un servicio que a un mismo tiempo requiera y dirige su espíritu.»

El soldado tiene que estar en su puesto, ya sea en la victoria o en la derrota. Debe estar alerta continuamente. Si de necesidad está de guardia, tiene que ahuyentar el sueño. Un momento de descuido podría causar la ruina del ejército sobre el cual vigila. Siempre debe hallarse pronto el soldado para dar su vida por la seguridad de sus compatriotas. Dormir en los puestos avanzados es la muerte.

El soldado tiene que ser listo y activo. Siempre debe hallarse dispuesto. La divisa de lord Lawrence era: «Estad prontos». El valor y la actividad de Enrique IV suplía la escasez de sus recursos. Con 500 hombres resistió al duque de Maguncia, que le perseguía con 25,000, y ganó la batalla de Argues, no obstante la desproporción numérica. Este resultado extraordinario fué debido probablemente, en gran parte, a la diferencia del carácter personal de los dos generales. Maguncia era lento e indolente. De Enrique se decía que perdía menos tiempo en la cama del que perdía Maguncia en la mesa; y que usaba poquísimo paño de lino, mas sí una buena cantidad de cueros de botas. Ensalzaban un día una persona la habilidad y el valor de Maguncia en presencia de Enrique. «Tenéis razón—dijo Enrique—; es un gran capitán, mas yo siempre le llevo cinco horas de delantera.» Enrique se levantaba a las cuatro de la mañana y Maguncia comía a las diez. En esto consistía toda la diferencia que reinaba entre ambos.

El mariscal de Turena era el héroe de los soldados. Participaba de todas sus fatigas, y ellos confiaban ciegamente en él. En 1672 fué enviado con su ejército a Alemania, para hacer la guerra al elector de Brandeburgo. Se hallaba a mediados del invierno, y las marchas por los caminos pesados eran fatigosas y molestas. En una ocasión que las tropas vadeaban lagunas y grandes pantanos, se lamentaban algunos de los soldados más jóvenes, pero los veteranos les dijeron: «Podéis estar seguros de que Turena está más interesado que nosotros mismos; en este momento ha de estar pensando en el modo de sacarnos en buen momento. Vigila por nosotros mientras dormimos. Es nuestro padre y nosotros habríamos hecho pasar por estas fatigas si no tuviera un gran propósito, que nosotros no podemos comprender aún.» Esas palabras fueron oídas por el mariscal, quien declaró que nunca había habido cosa alguna que le diera tanto placer como aquella conversación. Turena conocía rápidamente los méritos del jefe contra quien combatía. Cuando estuvo a cargo de las fuerzas reales durante la guerra de la Fronda, Condé era su contrario, mas se había dicho que estaba ausente en el momento en que

se efectuaba un combate. Pero por la manera de llevar el ataque, conoció en el acto Turena que Condé se hallaba de regreso. «Sí—dijo—. ¡Condé está ahí!» Veía una mano maestra en los hábiles movimientos del enemigo.

Después de la guerra franco-prusiana, hizo llover un poeta de Alemania un volumen de elogios sobre Von Moltke, en el cual aseguraba que Aníbal y Alejandro, Napoleón y Malborough, no eran sino pobres entidades militares comparados con el ilustre jefe del estado mayor prusiano. Von Moltke recibió atentamente el volumen de versos, y respondió con mucha modestia a la carta del poeta. Decíale a su panegirista que las naturalezas verdaderamente grandes eran conocidas mejor en la prueba de la adversidad. «Hemos tenido un gran éxito—agregó—, llamado suerte, destino, fortuna, o miras de la Providencia; no lo han hecho solamente los hombres. Tan grandes conquistas son esencialmente resultado de un estado de cosas que nosotros no podemos crear ni dominar.» El excelente pero desventurado Papa Adriano hizo grabar sobre su tumba las siguientes palabras: «¡Cuán diversa es la acción hasta de los hombres mejores según el tiempo en que viven! Más de una vez ha fracasado el más capaz, merced a la invencible fuerza de las circunstancias, mientras que uno menos competente ha sido conducido por ellas al triunfo.»

El soldado debe tener el valor del sacrificio de sí mismo. En el otoño de 1760 envió Luis XV un ejército a Alemania. El marqués de Castries mandó una fuerza de 25.000 hombres hacia Rheinberg. Ocuparon una fuerte posición en Klötercamp. En la noche del 15 de octubre envióse a reconocer un joven oficial, el caballero de Assas, quien se adelantó solo por el bosque a una pequeña distancia de sus hombres. De pronto se vió rodeado por un número de soldados enemigos. Sus bayonetas tocaban su pecho, interin una voz le decía quedo al oído: «¡Al menor ruido que hagáis, sois hombre muerto!» En seguida se hizo cargo de la situación. El enemigo avanzaba para sorprender al campamento francés. Gritó con toda la fuerza de su voz las palabras: «¡A mí, Auvernia! ¡El enemigo está aquí!» Las palabras sellaron su destino. Inmediatamente le quitaron la vida. Pero su muerte había salvado al ejército. La sorpresa fracasó, y el enemigo se retiró.

Se ha dicho que en todos los países los períodos de lucha eran aquellos en que las artes de la paz florecían más prósperamente y donde resplandecía el genio literario con mayor brillantez (1). Esto puede ponerse en duda; mas escoged el ejemplo de Grecia. Sócrates, Esquilo, Sófocles y Jenofonte fueron todos hombres que pelearon en las batallas de su patria y después honraron

(1) Bruce, *Retratos clásicos e históricos*, lib. II, pág. 207.

su literatura. Otro tanto ocurrió en Roma, en el apogeo de gloria. El emperador César fué el más grande de sus guerreros y uno de sus más grandes escritores. Hasta el poeta Horacio fué soldado en su juventud, al cual Bruto confió el mando de una división.

Sorprende ver un número tan crecido de hombres ilustres, poetas, autores y hombres de ciencia que han llevado una vida de soldado, y que han combatido por mar y por tierra, en su patria y fuera de ella. Tal vez la obediencia, el ejercicio y la disciplina, que son el alma de la vida del soldado, ejerzan sobre el carácter alguna influencia potente y creadora, y desarrollen el poder de concentración disciplinada que tan necesario es para la formación del verdadero genio.

Dante se halló como soldado en la batalla de Campaldino, donde se batió con valor en la primera línea de caballería gibelina. Por ésta y por otras razones le desterraron después de Florencia. Pedro el Ermitaño, el jefe de los cruzados, fué soldado en su juventud y sirvió a las órdenes del conde de Boloña en su guerra contra Flandes. No se distinguió como soldado, abandonó el servicio, se casó y tuvo varios hijos. Habiendo muerto su mujer, retiró a un convento y se hizo después ermitaño. Emprendió una peregrinación a Jerusalén, y a su regreso apareció la noticia de las miserias a que se sometía a los peregrinos. Predicó por toda Europa y guió a los primeros cruzados en número de cien mil hombres. Casi todos perecieron; no obstante, les siguieron otras cruzadas.

Entre nuestros mismos poetas, encontramos a Chaucer sirviendo como soldado a las órdenes de Eduardo III, en su invasión de Francia, en 1379. Fué hecho prisionero de guerra en las cercanías del pueblo de Retten, donde permaneció cautivo por algún tiempo. Jorge Buchanan, cuando joven, sirvió como soldado raso en el ejército escocés y tomó parte en el ataque del castillo de Warn en 1523. Ben Jonson sirvió también como soldado raso en los Países Bajos. Allí estuvo también sir Felipe Sidney, cuya noble conducta cuando estaba expirando, constituye una de las más hermosas páginas de la historia (1).

Algernon Sidney mandaba un cuerpo de caballería durante

(1) Hallándose sir Felipe Sidney mortalmente herido sobre el campo de batalla de Zutphen, y teniendo sed a causa de la gran pérdida de sangre, pidió algo que beber que le fué llevado poco después. Cuando aproximaba la caramañola a sus labios, un pobre soldado a quien lo llevaban cargado, que dirigía su mirada a la caramañola, dijo: «Ver esto sir Felipe, no bebí y se la alcanzó al desgraciado diciéndole: «Tu necesidad es mayor que la mía.» Pocos días después murió sir Felipe en Arnheim. La abnegación de un soldado dinamarqués herido fué casi tan grande. Le alcanzó a un soldado sueco que estaba herido a su lado, su caramañola de madera en que había cerveza, pidiéndole que bebiera de ella. La respuesta fué un pistoletazo en el hombro. «Ahora te voy a castigar—dijo el dinamarqués—, mi intención era darte todo el contenido de la caramañola y ahora no te he de dar más que la mitad.»

la sublevación irlandesa. Devenant y Lovelace tenían mando durante Carlos I, mientras que Whitres era mayor del ejército del Parlamento. Bunyan fué soldado raso al servicio de la Comuna. Otway sirvió como portaestandarte con el ejército en Flandes, en tanto que Farquhar era oficial del regimiento del conde de Orrery.

Steele se alistó como soldado en los guardias de a caballo, pero en breve fué descubierto su mérito, siendo ascendido al rango de abanderado. Se distinguió muy particularmente en el sitio de Namur, y después en el sitio de Venloo. Coleridge se alistó como soldado en el regimiento de dragones, pero su jefe, en vez de ascenderlo, le ayudó para que obtuviese su licencia. «Algunas veces—decía Coleridge a un amigo—comparo mi vida con la de Steele (sin embargo, ¡ay! tan diferente) por haber llevado armas durante un poco de tiempo y haber escrito «soldado» después de mi nombre, o, mejor dicho, después de otro nombre, porque estando turbado y siéndome preguntado de pronto mi nombre, contesté: *Cumberback*; y, verdaderamente, eran tan poco ecuestres mis costumbres, que no dudo que mi caballo era de esa opinión.»

Además de éstos, Sotheby era oficial en el 10.º de dragones, antes de ser poeta y traductor de las *Geórgicas* de Virgilio. Guillermo Gobbet ascendió desde soldado hasta sargento brigada de infantería, antes de ser autor. Federico Ricardo Lee, de la Real Academia, sirvió como oficial en el 56.º de infantería antes que se consagrara al arte de pintar paisajes, y sir Rodrigo Murchison era capitán de los dragones de Enniskilling antes de llegar a ser una de las lumbreras de la geología moderna.

En la edad noble de la literatura española, fueron soldados y aventureros todos sus poetas y grandes escritores, quienes habían combatido en su patria y en el extranjero, por mar y por tierra. Lope de Vega fué soldado a bordo de la armada española. Fué uno de los pocos que volvieron al hogar para escribir multitud de comedias, y ser después sacerdote y familiar de la Inquisición. El gran Cervantes fué soldado y combatió en mar y en tierra. Se distinguió por su valor en la batalla de Lepanto, donde recibió tres heridas de arcabuz, dos en el pecho y una en la mano, que lo dejó inválido para toda su vida. Pero como lo dijo él mismo más tarde, «la lanza nunca embota la pluma», y vivió para escribir su gran *Don Quijote*.

Calderón, otro soldado español, se hizo dramaturgo y luego sacerdote. Mendoza de Santillana, gran militar español, era considerado como el erudito más elocuente en la corte de Juan II; en tanto que Boscán, Montemayor, Garcilaso y Ercilla eran a la vez militares eminentes y grandes autores.

Había cierto parecido entre Cervantes, gloria de España, y Camoens, gloria de Portugal. Ambos eran soldados y literatos. Cervantes perdió su mano izquierda en una batalla, y Camoens perdió su ojo derecho. Ambos llegaron a ser célebres mucho después que sus huesos se habían convertido en polvo. Ignórase dónde nació Cervantes: Madrid, Esquivias, Sevilla y Lucena disputan el honor de ser el lugar de su nacimiento. Poco importa. Murió en la mayor pobreza, fué sepultado en un lugar que ahora está olvidado y a sus restos no se les ha honrado.

Hace poco tiempo que los portugueses celebraron el tercer centenario de Camoens, su poeta más grande. Hubo procesiones, bandas de música, banderas y alegría general en Lisboa. Sin embargo, 300 años antes, murió allí Camoens de hambre, casi sin un harapo con que poderse tapar. ¿Cómo sucedió esto? Camoens era un valiente soldado y un noble poeta. Cuando estuvo en Ceuta con las tropas, desplegó gran valor. En un combate naval que se efectuó frente a Gibraltar tuvo la desgracia de perder un ojo. Pero no recibió ni recompensa ni ascenso; poco después de su regreso a Lisboa, se embarcó para la India, entreteniéndose el viaje con la composición de sus *Lusiadas*. De la India se fué a Macao, en China. De regreso a Goa, naufragó en la embocadura del río Meikong. Trató de alcanzar la costa. En una mano llevaba el manuscrito de su poema, mientras que nadaba con la otra. Perdió todos sus bienes terrestres. A su vuelta a Lisboa estaba ésta invadida por la peste. Se hallaba entonces muy pobre, como de costumbre. Dos años después se publicaron *Os Lusiadas*. Fueron recibidos con gran entusiasmo. El joven rey le dió una pensión de unas cinco libras esterlinas. Pero Camoens cayó enfermo, su pensión no le era pagada, fué abandonado por la corte y vivía de la caridad pública. Su fiel sirviente era su único amigo. Salíase de noche para mendigar pan. En 1580 murió Camoens en un hospital, y su cuerpo transportado a la iglesia de Santa Ana, donde fué enterrado.

«¿Qué miserable cosa—dijo el fraile José Judis en una de las hojas en blanco de sus *Lusiadas*— es ver a un genio tan grande tan mal recompensado! Yo le he visto morir en un hospital en Lisboa, sin tener una mortaja con que cubrir sus restos, después de haber llevado victoriosamente las armas en la India y haber navegado 5.500 leguas: esto es una advertencia para aquellos que se fatigan día y noche sin utilidad con el estudio, como la araña que teje su tela para cazar moscas.» Este es el hombre a cuyas cenizas se le hicieron honras en Lisboa el 10 de junio de 1880.

Ignacio de Loyola fué uno de los soldados de España, cuya vida ha ejercido una influencia tan grande en la Historia como

las de todos los demás juntos. Una grave herida en la pierna recibida en la batalla de Pamplona, le postró por largo tiempo en su lecho. Habiendo caído en sus manos la *Vida de los Santos*, la leyó atentamente y desde ese momento despertóse su espíritu a una nueva vida. Se dirigió al monasterio de Monserrat, y permaneció allí por algún tiempo. Una noche se fué a la capilla del convento para velar sus armas según la antigua costumbre de la caballería y se armó caballero de la Virgen. De allí salió como fundador de esa orden militante, la Compañía de Jesús, la cual, digase lo que se quiera de ella, renuncia a los hábitos del ocio y del lujo.

Uno de los soldados franceses más ilustres ha sido Renato Descartes. Nació en Turena en 1596. Fué educado por los jesuitas, quienes tenían un colegio en las cercanías de la casa de su padre, en La Fleche. Contrajo amistad con el eminente monje Marsenne, quien clasificó los estudios de Descartes en asuntos matemáticos y filosóficos. No se atrevió a publicar sus primeras meditaciones. Siendo noble, escogió la profesión de las armas. Sirvió primero como voluntario en el ejército francés, en Holanda, que entonces estaba a las órdenes del duque de Baviera. Tomó parte en la batalla de Praga, en 1620, en la cual se condujo con gran intrepidez.

Durante su carrera de soldado ocupaba sus horas de ocio en la prosecución del estudio de las matemáticas y la filosofía. Hallándose en Breda con su regimiento, vió un día a un grupo de personas que rodeaban y leían un cartel. Estaba escrito en flamenco, que él no entendía. En consecuencia, preguntó lo que decía. Fué informado de que era un desafío para resolver un difícil problema de matemáticas. La persona que se lo explicaba era Beckmann, director del colegio de Dort, quien se extrañaba al ver que un joven militar tomara un interés tal por las matemáticas. Sin embargo, Descartes le prometió una solución, la cual envió al director a la mañana siguiente muy temprano.

Después de la campaña de Baviera, fué su regimiento a cuarteles de invierno en Neuberg, a orillas del Danubio; y allí, cuando apenas tenía veintitres años de edad, concibió Descartes la atrevida idea de efectuar una reforma completa en la filosofía moderna. Dejando al poco tiempo el ejército, viajó por la mayor parte de Europa, visitando sucesivamente a Holanda, Francia, Italia y Suiza. Después de haber terminado sus viajes decidió consagrar todo su tiempo a investigaciones filosóficas y matemáticas, y, si era posible, a renovar todo el círculo de las ciencias. Vendió una parte de su patrimonio en Francia—comprendiendo el peligro de vivir bajo la tiranía de los reyes franceses—y se retiró a Holanda, pero hasta allí mismo le envolvieron sus escri-

tos en muchas controversias. La Iglesia se alzó en armas contra la herjía y la filosofía. Aceptó entonces la invitación de Cristina, reina de Suecia, y pasó a Stockolmo para trabajar y para morir. Llevó a cabo lo que se propuso hacer. Causó una revolución en la filosofía, en la geometría y en la óptica.

Ha habido otros militares franceses distinguidos por su carrera científica. Maupertuis proseguía sus estudios de las matemáticas, en que tanto se distinguió después, sirviendo como capitán de dragones. Mientras servía Malus como ingeniero en el ejército, ocupaba sus horas de ocio, en los puestos avanzados, el estudio de la óptica. Niepce era teniente en el primer regimiento de dragones franceses cuando se consagró al estudio de la química, y muy particularmente a la acción química de la luz, lo cual al fin le llevó al descubrimiento de la fotografía. Después estuvo algunos años como soldado raso antes de dedicarse a los estudios que terminaron en su elección para el profesorado de las ciencias morales y políticas en el Instituto francés. El naturalista Lamark sirvió igualmente en el ejército francés muchos años, se distinguió muchísimo por su valor a las órdenes del mariscal de Broglie. Habiendo sido herido en una batalla, y sufriendo una causa de su mala salud, se vió obligado a dejar el ejército, después de lo cual se consagró al estudio de las ciencias, con las cuales está tan estrechamente identificado y tan altamente distinguido. Su *Historia de los animales invertebrados*, es su mayor monumento, siendo tenida por una de las obras más profundas y completas que se hayan escrito sobre historia natural.

De los literatos franceses, La Rochefoucauld, el de las *Máximas*, fué militar en su juventud, habiendo sido herido gravemente, tanto en el sitio de Burdeos como en la batalla de San Antonio, durante las guerras de la Fronda. Pablo Luis Courier, autor de *Simple discours*, sirvió con el ejército republicano en el Euzo y luego en Italia, como oficial de artillería. Refiere en sus cartas cuán grande fué su pesar, cuando estudiaba el griego, al hallarse con que su Homero había sido saqueado durante su ausencia por los austriacos.

En todas las épocas ha sido acompañada la guerra por hechos de crueldad. Las ciudades han sido saqueadas, los campos desolados, e innumerables vidas se han perdido, en el loco desenfreno de la conquista. En la Edad Media fué inventada la caballería para amortiguar en cierto modo los horrores de la guerra. Para hacer apto a un hombre en los deberes de la caballería, era sometido desde niño a la obediencia y a la cortesía. Era instruido en el arte de manejar un caballo y una lanza; y en el trato de las damas era educado en la elegancia, en la modestia y la gracia. Al llegar a la virilidad pasaba por la solemne iniciación en

caballería. La religión era asociada a la institución. De ahí el riguroso ayuno, la vigilia nocturna en la iglesia, el bautismo, la confesión y el sacramento. De ese modo se estableció en muchos casos un elevado modelo de valor y de verdadera nobleza.

El caballero Bayardo ha sido considerado siempre como el caballero verdadero, *sans peur, sans reproche* (1). Bayardo nació en 1476, en el castillo Bayard, en el Delfinado. Eligió la profesión de las armas y pasó por la acostumbrada educación del caballero antes de entrar al servicio del Rey. No hace falta seguir su historia, durante la cual se condujo siempre como verdadero caballero. Sus servicios principales fueron en Italia, a las órdenes de Francisco I, en Forno, en Milán, en Génova, en Padua, en Verona, en La Bastia y en Brescia. En el sitio de esta última plaza dirigió personalmente el asalto. Saltó la muralla y recibió una terrible lanzada en un muslo, quebrándose la pica y quedando un trozo de ella en la carne. «La ciudad ha sido tomada—dijo—, pero lo que es yo no entraré en ella jamás. Estoy herido mortalmente.» Al saber el duque de Nemours que el primer fuerte había sido tomado, pero que Bayardo estaba mortalmente herido, experimentó tal pena, como si la herida la hubiera recibido él mismo. «Soldados y camaradas—exclamó—, vamos a vengar la muerte del más cumplido caballero que nunca haya existido.» Brescia fué tomada y los venecianos fueron arrojados de allí.

Mientras los franceses saqueaban la ciudad, fué alzado Bayardo de entre los muertos y heridos y llevado sobre una puerta de madera a la casa más próxima. Esta pertenecía a un caballero que había huido, dejando a su mujer y a sus dos hijas jóvenes y bonitas al cuidado de la Providencia. La dama abrió en persona la puerta y recibió a Bayardo. Aunque creía que iba a morir, tuvo bastante fuerza para ordenar que los soldados no saquearan la casa, y se encargó de indemnizarlos por la pérdida de su botín.

La señora dispuso que Bayardo fuera llevado a una buena habitación, donde se arrodilló delante de él y dijo: «Noble señor, os ofrezco esta casa y todo lo que contiene; todo os pertenece por las leyes de la guerra. Sólo os pido un favor, y éste es que guardéis las vidas y el honor mío y de mis hijas.» Aunque Bayardo apenas podía hablar, repuso: «No sé si curaré de la herida que he recibido; pero mientras yo viva, ni vos ni vuestras hijas sufriréis daño alguno. Os prometo todo el respeto y la amistad que están en mi deber. Pero la necesidad más urgente ahora es la de procurarme algún auxilio, y que esto sea pronto.»

La señora, acompañada por uno de los soldados, se fué en busca de un cirujano. Tan pronto como hubo llegado éste, exa-

(1) Sin miedo y sin tacha.

minó la herida : era grande y profunda, pero, afortunadamente no era mortal, según lo declaró. El duque de Nemours envió también a su cirujano, y con la atención cuidadosa y la buena cura de las heridas, se encontró Bayardo bien pronto en estado de convalecencia. Al mismo tiempo le preguntó a la señora que dónde estaba su marido. «Lo ignoro — contestó ella llorando amargamente—, no sé si está muerto o vivo, pero creo que se ha refugiado en un convento.» Cuando supieron el lugar en que estaba oculto, envió Bayardo a dos arqueros y al cocinero para que le llevaran a su casa. Se le ofreció formalmente seguridad y protección mientras el enfermo permaneciera en su casa.

Cuando el cirujano le hubo asegurado que su herida se hallaba curada y que con la ayuda de su sirviente podía fácilmente curar la cicatriz exterior por medio de una untura, recompensó Bayardo al cirujano con su acostumbrada liberalidad y decidió reunirse al ejército a los dos días. Cuando el caballero y la señora de la casa pensaron en el rescate que tendrían que dar a Bayardo por su protección, reunieron todo lo que tenían. Esto consistió en 2.500 ducados de oro en un cofre de acero magníficamente esculpido. La señora entró en la habitación de Bayardo y se arrojó a sus pies. El buen caballero la obligó a que se levantara y no quiso escucharla hasta que hubo tomado asiento cerca de él.

«Señor—exclamó ella—, toda mi vida he de dar gracias a Dios que haya tenido a bien enviarnos un caballero tan generoso a nuestra casa en medio del saqueo de nuestra ciudad ; y mi esposo e hijas mirarán siempre en vos a nuestro ángel tutelar y recordarán constantemente que es a vos a quien debemos nuestras vidas y nuestro honor... Reconocemos que somos vuestros prisioneros ; la casa, con todo lo que contiene, es vuestra por derecho de conquista ; pero nos habéis mostrado tal generosidad y grandeza de espíritu, que vengo a pedir os que tengáis compasión de nosotros y que quedéis contento con el pequeño presente que tengo el honor de ofrecer os.»

Presentóle ella el cofre, mostrando a Bayardo su contenido. «¿Cuánto tenéis aquí?»—preguntó él—. «Señor, sólo 2.500 ducados, pero en caso que no estéis satisfecho, mencionad la suma que queréis que se os dé y trataremos de conseguirla.» Bayardo, a quien nada importaba el oro ni la plata, contestó acto seguido : «Si me hubierais de ofrecer 100.000 ducados, no los estimaría tanto como la bondad que me habéis demostrado desde que he estado con vosotros, en la compañía que me habéis hecho, tanto vos misma, como toda vuestra familia.» La señora volvió a arrodillarse, y con lágrimas en los ojos, le suplicó que aceptara su regalo. «Me consideraré la mujer más desgraciada del mundo si lo rehusáis.» «Puesto que tanto lo deseáis—respondió Bayar-

do—, lo acepto ; pero suplico que me enviéis aquí a vuestras hijas para que yo pueda despedirme de ellas.» Bayardo dividió los ducados en tres partes : dos de 1.000 ducados cada una y una de 500. Cuando llegaron las jóvenes se arrodillaron a sus pies, pero él las obligó a levantarse y a tomar asiento.

«Señor—dijo la mayor—, veis delante de vos a dos jóvenes que os deben su vida y su honor. Sentimos muchísimo no poder manifestar nuestro agradecimiento de otro modo, sino rogando a Dios por vos durante toda nuestra vida y pidiéndole que os recompense, tanto en este mundo como en el otro.» Bayardo, conmovido hasta verter lágrimas, les dió las gracias por su asistencia y encantadora sociedad, pues habían sido sus compañeras diarias y le divertían trabajando en su cuarto y cantándole o tocando el laúd. «Vosotras sabéis—dijo—, que ordinariamente no están cargados los soldados con joyas para poderlas regalar a las señoritas. Pero vuestra madre me acaba de obligar a aceptar de ella 2.500 ducados que veis aquí. Os doy mil a cada una de vosotras para que formen parte de vuestro dote ; y respecto a los 500 restantes los destino a ser distribuidos entre los conventos pobres que hayan sufrido más con el saqueo.»

De esta manera quedó arreglado el asunto, en medio de las lágrimas y de la gratitud de toda la familia ; y cuando Bayardo se fué, llevó consigo la alegría, la bondad y la abnegación del verdadero caballero cristiano.

Por la misma época ofreció el Papa Julio a Bayardo que lo haría capitán general de la Iglesia. A esta propuesta contestó Bayardo que «no tenía más que un Señor en el cielo, y éste era Dios, y un señor en la tierra, que lo era el rey de Francia ; y que jamás serviría a otros.»

Después de muchas batallas y aventuras, siempre conducidas con lealtad y valor, recibió Bayardo una herida mortal en Rebec, cerca de Milán. El almirante Bonivet, uno de los favoritos de Francisco I, le había colocado en una posición peligrosísima, tal vez por celos. Estando allí en su puesto, le tiraron los españoles un arcabuzazo. La piedra pegó a Bayardo en la espalda y le fracturó el espinazo. Cuando experimentó el golpe, exclamó : «¡ Oh, Dios ! ¡ estoy herido de muerte ! » Besó en seguida la cruz de la empuñadura de su espada, usándola como crucifijo.

Sus camaradas quisieron sacarle de la refriega. «No—dijo—, no quiero en mis últimos instantes presentar la espalda al enemigo por vez primera en mi vida.» Ordenó que se le llevara debajo de un árbol. Tuvo aún bastante fuerza para mandar un ¡ Carguen ! «¡ Dejadme morir—exclamó—mirando al enemigo ! » Sus compañeros estaban a su lado bañados en lágrimas. «Es voluntad de Dios llevarme junto a sí. Me ha conservado bastante

en este mundo, y me ha dado mayores pruebas de bondad y de favor de lo que yo merezco... Os pido a todos que me dejéis, por temor que os hagan prisioneros, y esto sería otro dolor para mí. Me estoy muriendo; de ningún modo podéis aliviarme.»

Entonces se acercaron los españoles para hacerle prisionero. El marqués de Pescara dijo: «Pluguiera a Dios, señor Bayardo, que yo hubiera podido dar toda la sangre que pudiese perder sin morir, para haberos hecho prisionero en buena salud. Desde que he llevado armas nunca he conocido un igual vuestro.» El marqués rindió al héroe moribundo toda clase de cortesía y homenaje. Pero cuando se acercó el condestable de Borbón (el condestable que había desertado de su rey y de su patria para tomar servicio con el emperador español), le dijo: «¡ Ah, Bayardo! ¡ cuánto os compadezco! » Se incorporó Bayardo en su lecho, y replicó con voz firme: « Señor, os doy las gracias. Yo no me compadezco. Muero como un hombre honrado. Muero sirviendo a mi rey. Vos sois el digno de compasión; porque hacéis armas contra vuestro príncipe, vuestro país y vuestro juramento.» Momentos después expiró.

Sólo después de la muerte de Bayardo fué cuando Francisco I comprendió todo el valor del caballero que había perdido. Francisco había confiado el mando de su ejército a sus favoritos, con preferencia a hombres honrados y nobles. « Hemos perdido—dijo el rey, demasiado tarde—a un grande hombre, cuyo solo nombre hacía que sus ejércitos fueran temidos y honrados.» En realidad mereció mayores beneficios y puestos más elevados que los que tenía. Después de la batalla de Pavía, en la que Francisco I *perdió todo, menos el honor*, deploró su pérdida mucho más seriamente. « Si el caballero Bayardo—dijo—, que era tan valiente y experimentado, hubiera estado vivo y junto a mí, su sola presencia hubiera valido lo que cien capitanes. ¡ Ah, caballero Bayardo! ¡ cuánto os echo de menos; no me encontraría yo aquí si vos estuvierais vivo! » Pero el arrepentimiento del rey era demasiado tardío. ¡ Bayardo estaba muerto y él mismo había caído prisionero!

Bayardo era viril, noble y puro: sin miedo y sin tacha. Fué justo, generoso, compasivo y verídico. Su valor crecía siempre con las dificultades que tenía que vencer. Despreciaba a los hombres ricos, a no ser que fueran asimismo buenos. Distribuía todo el dinero que recibía. Nunca rehusó ayudar a sus semejantes, ya fuera con servicios o con dinero; y esto lo hacía siempre secreta y bondadosamente. Se dijo de él, que había dotado y casado a más de cien niñas huérfanas, con sencillez y sin alarde. Las viudas estaban siempre seguras de obtener su ayuda y su consuelo. Era sumamente bondadoso con aquellos que servían a sus órde-

nes. Daba un caballo a uno, al otro las ropas, y pagaba las deudas de un tercero. Jamás dejó un alojamiento en país conquistado sin pagar todo aquello que sus hombres habían tomado. Fué enemigo mortal de los aduladores, y odiaba la calumnia. Sus virtudes se manifestaron desde que era niño, y fueron desarrolladas conforme creció en años. Fué coronado con un renombre que la más remota posteridad respetará y admirará (1).

La guerra en defensa de la patria ha sido siempre considerada como honrosa. La guerra de conquista es generalmente considerada como deshonrosa. ¡ Sin embargo, a menudo es defendida con el pretexto de extender la civilización! En estos casos, el buitro es el jefe conquistador. El patriotismo constituye un principio lleno de elevados impulsos y pensamientos nobles, y nace de un amor desinteresado por el país. ¿ Hay quien no simpatice con Arnaldo de Winkelried, en Sempach; con Bruce, en Bannockburn, y con Hofer en Insbrück? Sus hechos fueron nobles, el solo recuerdo de su ejemplo ha contribuido a ennoblecer el espíritu de sus compatriotas. Ellos dejan tras de sí una idea del deber que nunca caerá en el olvido.

Ni tampoco es el patriotismo en manera alguna incompatible con el ejercicio de una amplísima filantropía. Aquel cuyo corazón está unido por los lazos del hogar y de la patria, es más susceptible de sentir la emoción pura, la viva simpatía y el esfuerzo valeroso, que el hombre cuyos sentimientos se concentran en sí mismos, y gasta su tiempo en el goce, en la frivolidad y en la indiferencia. Todo hombre debiera asir la idea de que no es más que un eslabón en la cadena de la creación, y que, no obstante su amor por la patria, tiene el mundo abierto ante sí, para la práctica de sus hechos de abnegación y caridad.

El patriotismo, la nobleza y el espíritu militar llegan a su más alto grado en la vida de Washington, el jefe y libertador de su patria. Fué uno de los más grandes hombres del siglo XVIII, no tanto por su genio como por su pureza y excelente crédito. Su origen inglés constituyó una espléndida herencia. Descendía de un tronco anglicano establecido en el condado de Durham; de allí emigraron sus antecesores a América, estableciéndose en Virginia por el año 1657.

El carácter de Jorge Washington era tal, que en una edad temprana fué nombrado para ocupar puestos de grande importancia y de confianza. A la edad de diez y nueve años fué nombrado ayudante general de Virginia, con la categoría de mayor, y nunca engañó a aquellos que depositaron su confianza en él.

(1) Debemos recordar que la espada de Bayardo está en posesión del barón sir Juan de Bolnes. El escudo dado por el caballero a Enrique VIII en el campo del *Paño de Oro*, se encuentra en la cámara de los Guardias en el castillo de Windsor.

Siempre estaba dispuesto, era obediente y respetuoso. A la edad de veintitrés años fué nombrado coronel y comandante en jefe de todas las fuerzas levantadas en Virginia, para coadyuvar con las tropas inglesas a la defensa del territorio occidental contra los franceses. Se amaestró no solamente en el éxito, sino igualmente en el fracaso, lo cual evocó su espíritu indomable.

La vida de Wáshington ha sido escrita tan frecuentemente que no es preciso referirse a ella más que para señalar la completa rectitud de conciencia, su espíritu de abnegación, la pureza de los móviles con que entró en favor y llevó a efecto la libertad e independencia de su patria. Ningún hombre podía ser más puro, ningún hombre podía ser más desinteresado. En el triunfo se inclinaba a sí mismo; en la derrota era impasible. Magnánimo y puro lo fué siempre. En el general Wáshington difícilmente puede llegar a saberse lo que se debe admirar más, si la nobleza de su carácter, el ardor de su patriotismo o la pureza de su conducta.

Cuando renunció su puesto de comandante en jefe, dirigió escrito a los gobernadores de los diversos Estados, y al final él decía: «Es mi continua plegaria pedir a Dios que os tengáis vos y al Estado que gobernáis, en su santa protección; que incline los corazones de los ciudadanos a que cultiven un espíritu de subordinación y de obediencia hacia el Gobierno; que sientan un fraternal afecto y amor el uno por el otro, por sus conciudadanos de los Estados Unidos en general, y particularmente por sus hermanos que han servido en sus ejércitos, y, por último, para que bondadosamente nos disponga a todos a hacer justicia, a amar con misericordia, y a conducirnos con aquella caridad, humilde e indole pacífica de ánimo que eran los rasgos característicos del Autor Divino de nuestra santa religión: sin una humilde imitación de su santo ejemplo en estas cosas jamás podremos esperar que llegaremos a ser una nación feliz.» ¡Cuán sencillas, cuán llenas de verdad y cuán bellas son las palabras de Wáshington!

Al hablar de la vida del soldado, sería imposible acabar si referimos al duque de Wéllington. Era el Bayardo de Inglaterra. Su primera y última palabra era: *Deber*. Eso fué el principio esencial de su vida. En público y en privado, era la verdad personificada. Como hombre público no tenía sino un propósito: hacer todo lo que sus aptitudes le permitieran en favor del servicio de su país. A lo que parece, jamás le impulsó el deseo de honores ni de poder. No tenía ambición personal. Se hallaba sencillamente contento con cumplir con su deber.

De lo primero que se preocupaba era de conocer a fondo su deber como jefe, y al poco tiempo de asumir el mando de un batallón, lo ponía como el mejor disciplinado del servicio. Cualquiera

cosa que se le ordenara, la llevaba a cabo con energía y puntualidad. Consideraba al tiempo como un período en el cual algo se tenía que hacer, y hacerlo sería y activamente. Otra cosa en que se distinguía era la obediencia. A su regreso de la India, donde había mandado grandes ejércitos y administrado los negocios de provincias iguales en extensión a muchos reinos europeos, fué nombrado para el mando de una brigada de infantería en Sussex. Ni una frase de queja o murmuración salió de él; y cuando se le hacían bromas sobre el cambio de su posición, contestaba de buen humor: «He comido de la sal del rey, y lo que él quiera que yo haga, llega a ser para mí un deber.» Para él el gobierno del imperio era el gobierno del rey. El trono era la fuente no solamente del honor, sino de todos los derechos y privilegios de que gozaba el pueblo. No obstante, el trono estaba tan estrechado por la ley, y hasta por la costumbre, como el más humilde de los vasallos. Como el mejor de los caballeros en la época del primer Carlos, era por la corona, como la más grande institución del país, por lo que se hallaba pronto a arriesgarlo todo.

De su valor es innecesario hablar. En estos días de artillería y de infantería, no hace falta que un general se exponga personalmente al peligro. Tiene que dirigir, no tiene que pelear, como Gough lo hizo, espada en mano, entre los soldados rasos en Chillianwalla. Con todo, cada vez que su presencia hizo falta en un punto de peligro, o a la cabeza de una columna de ataque, se expuso valerosamente. En la batalla de Assaye le mataron dos caballos. En el Duero fué cercado por un pelotón de caballería francesa, y se abrió paso entre ellos, espada en mano. En Salamanca recibió una contusión en un muslo y una bala le atravesó el sombrero. «Me encontraba cerca de él—dice Napier—, por la tarde, junto a Salamanca, cuando la llamarada de la artillería y fusilería, relampagueando hasta donde la vista alcanzaba, hacía visible todo lo que él había ganado. Se hallaba solo, la luz de la victoria iluminaba su frente, su mirada era rápida y penetrante, pero su voz era tranquila y hasta suave.»

La paciencia del duque era extraordinaria. Cuando lo estrechó el ejército de Massena en Torres Vedras, en 1810, casi se sublevaron contra él sus mismos oficiales. Continuamente pedían con insistencia licencias con el propósito de regresar a Inglaterra. «En este instante—dijo—, tenemos siete oficiales generales que se han ido o se van a Inglaterra; y excepto yo y el general Campbell, no hay uno en el país de los que vinieron con el ejército. El efecto de la ausencia de algunos de ellos ha sido que, en las últimas operaciones, me he visto obligado a ser general de caballería y de la guardia avanzada y jefe de dos o tres columnas, algunas veces en el mismo día.»

En Inglaterra, la prensa combatió al duque, acusándole «de que no se animaba a correr el riesgo de una batalla!» Aquellos hombres maravillosos, el lord mayor y el consejo municipal de la ciudad de Londres, dirigieron un memorial al rey, pidiendo que se incoara una sumaria información, sobre la conducta del duque. La Cámara de los Comunes murmuraba. El ministerio vacilaba. Sin embargo, Wéllington sostuvo sus líneas en Torres Vedras. Para sostenerlas únicamente tenía las tropas inglesas, porque los portugueses hacían poco ó nada. Tocante a los cargos hechos en la prensa inglesa, dijo él: «Espero que la opinión del pueblo en la Gran Bretaña no se dejará influir por párrafos de diarios, y que esos párrafos no expresen la opinión pública o el sentimiento acerca de ese asunto. Por eso yo (que tengo más motivo que cualquier otro hombre para quejarme de los escritos de esta descripción) nunca le presto la menor atención, nunca he autorizado que se haga contradicción alguna o se dé alguna explicación en respuesta a las innumerables falsedades y montones de errados razonamientos que han sido publicados referentes a mí y a las órdenes que he dado.» Por lo que respecta a la amonesta de los respetables lord mayor y consejo municipal, se limitó a decir: «Pueden hacer lo que les plazca; aquí no he de abandonar la patria, mientras sea posible jugarla.»

Los franceses habían sido confundidos por las tropas inglesas detrás de las líneas de Torres Vedras; y, finalmente, empezaron a retirarse. El duque los siguió. Destruyeron una gran parte de sus armas y municiones a fin de que su retirada tuviera menos obstáculos. Saquearon y asesinaron a los campesinos como les vino en gana. Muchos de los habitantes del campo fueron hallados colgados a ambos lados de los caminos, sin otra razón que la de no haberse manifestado amigos de los invasores franceses. La línea de retirada de los franceses se marcaba por el humo que se levantaba de las aldeas a que habían puesto fuego. El duque alcanzó al ejército de Massena en Fuentes de Onore, y le castigó con una gran derrota. En seguida tomó a Almeida, tomó por asalto a Ciudad Rodrigo y a Badajoz, derrotó a Marmont en Salamanca, e inmediatamente después entró en Madrid. Notable hecho: en tanto que el brigadier español Miranda tenía nada menos que cuarenta y tres ayudantes de campo, Wéllington, en su entrada triunfal en Madrid, iba acompañado por un oficial tan sólo, lord Fitzdoy Somerset.

Wéllington era muy humanitario para con los habitantes del país por donde pasaba. Los españoles temían más a sus propias tropas que a los ingleses. Los españoles saqueaban dondequiera que llegaban, aunque esto les estaba prohibido a los ingleses. No obstante, estos últimos se hallaban terriblemente embarazados

por falta de dinero y medios de transporte. Cuando las tropas de Wéllington perseguían a Massena, tomaron los soldados para quemar alguna leña de las tierras del conde Castelo Melhor. Con gran generosidad rara en los jefes del ejército, pagó el duque de su propio bolsillo el valor de la leña que habían tomado sus pobres soldados. «El bien de los intereses del ejército—dijo—, agregado a un sentimiento de lástima por los infortunados habitantes, debiera evitar la licenciosa destrucción de forraje y de otra cosa cualquiera.» En tanto que los soldados españoles manifestaban un sentimiento hostil hacia los ingleses en varios modos y particularmente después de Talavera, el duque exigía que los habitantes pacíficos fuesen tratados con la mayor benevolencia posible». Cuando las tropas españolas entraron en Francia, principiaron inmediatamente a asesinar y a saquear a los habitantes. Al notarlo el duque, ordenó que volvieran inmediatamente a España y dió la batalla de Orthez sin ellos. «No soy bastante ruin para tolerar el saqueo—le dijo a Freyre—. Si queréis que vuestros hombres saqueen, debéis nombrar a otro para jefe.»

Wéllington estaba mal apoyado en Inglaterra. No tenía facultad para recompensar a sus soldados por sus hechos de valor. Mientras los mariscales franceses tenían el poder de estimular a sus soldados por medio de los ascensos, no podía Wéllington ascender a ningún oficial por su valor. Todos los ascensos concedíanse a los guardias de a caballo que estaban en Inglaterra; y hombres que nunca habían salido de allí eran ascendidos con postergación de los héroes de la Península! El teniente coronel Fetcher, que había atrincherado la línea de Torres Vedras, dirigió los sitios de Ciudad Rodrigo, Badajoz, Burgos y Salamanca, era aún teniente coronel tres años más tarde, cuando fué muerto por una granada en las trincheras de San Sebastián. Y el bravo e incansable teniente coronel Waters tenía en 1815, en Waterloo, el mismo grado que había ganado en 1809, en el paso del Duero. Sin embargo, Wéllington informaba incesantemente sobre sus servicios importantes en sus partes al Gobierno británico.

Sus soldados valoraban y apreciaban sus incesantes esfuerzos para mejorar su condición, y estaban enternecidos por el anhelo que demostraba por ahorrar su sangre. Admiraban su imparcialidad, su veracidad, su justicia y su desinterés. Inspiraba ilimitada confianza, tanto a los oficiales como a los soldados. Perdonó a muchos más hombres que a los que castigó. Era preciso mantener la disciplina del ejército, pero él siempre miró benévolamente a los que estaban en error. Cuando un oficial se conducía mal frente al enemigo, en lugar de entregarle a un Consejo de Guerra, solicitaba con empeño que se le aceptara la baja solicitada